
La globalización neoliberal como nueva religión

Juan José Tamayo-Acosta

1. El capitalismo como religión

En la década de los años 20 del siglo pasado Walter Benjamín escribió un lúcido y profético artículo bajo el título *El capitalismo como religión* en el que consideraba el capitalismo no como una mera construcción religiosamente determinada (así lo caracterizó Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*), sino como un “fenómeno esencialmente religioso”. Su tesis es que el cristianismo de la Reforma, más que favorecer el surgimiento del capitalismo, lo que hizo fue transformarse en capitalismo, cuyos rasgos fundamentales, a su juicio, eran los siguientes: a) es una religión del culto, quizá la más extrema que nunca haya existido por su utilitarismo; b) la duración del culto es permanente, y no se limita a un día de la semana; c) en ese culto hay una autoveneración del éxito, una ebria celebración de los balances y beneficios y una orgía del consumo; d) la laboriosidad cúllica del capitalismo no conoce fronteras; e) lejos de liberar de la culpa, el culto capitalista culpabiliza por sí mismo; f) Dios debe ser ocultado. La metamorfosis de la religión en capitalismo es tal que, según H. Scheppenhäuer, coeditor de las *Obras Completas* del filósofo de la Escuela de Frankfurt, cuando se habla de la necesidad de salvar la civilización cristiana y de defender a Occidente de los poderes de las tinieblas, lo que se tiene en mente es la defensa del capital. Todo el que roza el capitalismo o simplemente lo menciona por su verdadero nombre experimenta la sensación de estar tocando los valores más sagrados.

* Juan José Tamayo Acosta, teólogo, escritor, pertenece al consejo de redacción de la revista Éxodo, Madrid, España.

2. El neoliberalismo como sistema de creencias

Lo que Benjamín dijera del capitalismo es aplicable hoy –y con creces– al neoliberalismo, que se configura como un sistema inflexible de creencias y funciona como religión monoteísta de tendencia rígida y deshumanizadora. En ella el mercado suplanta al Dios de las religiones monoteístas (Yahvé, Alá, Dios de Jesús de Nazaret) y se apropia de los viejos atributos aplicados a él: omnipotencia, omnipresencia, omnisciencia y providencia. Aparece como un Dios único y celoso, que no admite rival, ni divino ni humano. Proclama que *fuera de él no hay salvación*, mientras que excluye de la salvación a la mayoría de la población del Tercer Mundo y a amplios sectores del Primer Mundo: en total, más de dos terceras partes de la humanidad.

Predica el liberalismo como la nueva verdad revelada, que se presenta en continuidad con otras verdades reveladas. Los beneficios que aporta el mercado, sólo para unos pocos, se proclaman como gracias y dispensaciones divinas, mientras que los resultados de la intervención pública son consideradas perversiones diabólicas que tuercen la voluntad del intercambio libre.

Profesa un *Credo* económico único, cuyos artículos de fe a profesar por todo fiel creyente neoliberal se encuentran en el “Consenso de Washington”. Se trata de un Credo que resultó de las consultas del Congreso y del Gobierno de U.S.A., el FMI y el BM con ministros de Economía y Finanzas, ejecutivos transnacionales, banqueros y políticos. En él se proclama que el libre comercio debe regular toda actividad económica y que la intervención del Estado se limita a exigir el mantenimiento ferreo de la disciplina fiscal, el logro de una tasa de cambio estable, la liberalización, desregulación y privatización de la economía, la flexibilización del empleo y la atracción de inversiones extranjeras¹

La religión monoteísta del mercado tiene sus textos canónicos que exponen la doctrina económica ortodoxa. Son las obras de Friedrich Hayek y Milton Friedman, padres del neoliberalismo, en las que se establece una visión del mundo de marcado carácter dualista, ya que disocia hechos y

¹ Cf. O. de Rivero, *El mito del desarrollo. Los países inviables en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Lima, 2001, 2ª ed., p. 74.

valores, economía y ética, individuo y sociedad, trabajo y placer, libertad e igualdad. Esa religión considera apócrifos los textos que critican su doctrina económica y los califica de demagógicos. Celebra sus asambleas litúrgicas en las reuniones del G-8, BM, FMI, OMC, donde se toman las decisiones sobre la economía mundial, que afectan en su mayoría a los países subdesarrollados, que, sin intervenir ni poder ejercer el derecho a veto, se ven obligados a aceptarlas y ponerlas en práctica de manera ortodoxa so pena de terribles sanciones que repercuten severamente en las mayorías populares, ya de por sí marginadas. Reprime, a su vez, las asambleas alternativas de los movimientos de resistencia global, a las que considera atentatorias contra el “sagrado” orden establecido.

3. Sacramentos, templos, sacrificios y clero de la religión del mercado

La religión del mercado dispone de eficaces vías de influencia en la opinión pública, como son las llamadas “*biblias* de inversores y especuladores de bolsa” (I. Ramonet): *Wall Street Journal*, *The Financial Times*, *The economist*, etc., que anuncian el “evangelio de la felicidad” del neoliberalismo y defienden la privatización como solución a todos los problemas. Refiriéndose a la fiebre privatizadora del neoliberalismo, el escritor y premio Nóbel José Saramago afirma con sarcasmo: “Estoy de acuerdo con que se privatice el Machu Picchu, las líneas del Nafta, el Coliseo Romano..., y no se olviden de privatizar a las madres que los parió” (“y los espermas que las fecundaron”, añadió una amiga uruguaya cuando cité este texto en una conferencia).

Los sacramentos de la nueva religión son los productos comerciales que se publicitan a través de una atractiva simbólica venal, cargada de mensajes subliminales orientados a crear necesidades que la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas no puede satisfacer y a motivar el consumo de manera compulsiva.

Los templos de la antigüedad –también el de Jerusalén– fueron bancos sagrados. Los templos profanos de la religión del mercado son hoy los bancos, a cuyos mostradores y ventanillas se acercan los clientes con el mismo respeto y haciendo las mismas reverencias que las personas creyentes en sus templos. Como las demás religiones, la nueva religión practica sacrificios. Pero no en espíritu o símbolo, sino en todo su realismo.

En el altar de la globalización neoliberal se sacrifican diariamente vidas humanas, las de los pobres y excluidos, y la vida de la naturaleza a través de la tala de los bosques y de la contaminación del aire, de los ríos, etc. Con motivo del Día Mundial de la Alimentación, celebrado el 16 de octubre de 2001, Jean Ziegler, representante de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, declaró en tono de denuncia que 826 millones de seres humanos sobre una población de más de 6.000 millones se encuentran en situación de gravísimo riesgo por la falta de alimentos y malnutrición. Los países más afectados son los del África subsahariana, Haití, Afganistán, Bangladesh, Mongolia y Corea del Norte. Y todo, *ad maiorem capitalismi gloriam*. Si en la religión de Jesús de Nazaret predominaba la misericordia sobre los sacrificios, en la del mercado imperan los sacrificios humanos, especialmente los de los niños, sobre la misericordia. “Cada siete segundos un niño menor de diez años muere por efectos directos o indirectos del hambre en un mundo con capacidad para proporcionar una dieta de 2.700 calorías a 12.000 millones de seres humanos”, ha declarado Ziegler. Si en el movimiento de Jesús del Nazareno se establecía el perdón de las deudas, aquí se impone el pago hasta el último céntimo. No hay lugar para la condonación. Y si se hace algún gesto en ese sentido, es puramente simbólico y casi virtual, para aparecer ante la opinión pública como generosos, cuando lo que se esconde detrás son nuevas exigencias. Bajo la piel de cordero con que se muestran los globalizadores en público se esconde un corazón de hierro. Esta religión cuenta, al decir de Oswaldo de Rivero, embajador del Perú ante la OMC, con un *alto clero supranacional* representado por organizaciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio, que gozan de un poder supranacional no democrático. Dicho clero predica con fervor y celo misioneros el credo económico único del “Consenso de Washington”, al que ha convertido a la mayoría de los estados del planeta, incluidos los más pobres, convenciéndolos de que sólo la recitación y la práctica de ese credo pueden salvarlos del caos en que viven sumidos. Para salir de la pobreza y entrar “en el santoral de la prosperidad” el poderoso y temido clero neoliberal impone como penitencia severos ajustes estructurales².

² Cf. O. de Rivero, *El mito del desarrollo. Los países inviables en el siglo XXI*, FCE, Lima 2001, 2ª ed., pp. 71-79.

4. Carácter totalitario y fundamentalista de la globalización neoliberal

Otro rasgo que define a la religión del neoliberalismo es su carácter totalitario, que genera una “sociedad de riesgo” y lleva derechamente a lo que el sociólogo alemán Ulrich Beck llama en su última obra *Libertad o capitalismo* el “Chernobil económico”³. El neoliberalismo que se anuncia a bombo y platillo el fin de las ideologías se constituye él mismo en una nueva ideología que intoxica el pensamiento, la acción política y la práctica económica al tiempo que se convierte en una grave amenaza contra la cultura democrática. Con el liberalismo totalitario estaríamos ante una variante perversa de marxismo leninismo que tiene su base no en Marx sino en Adam Smith.

Lo que se acentúa en la nueva ideología no es la dimensión comunitaria del ser humano, sino el individualismo institucionalizado, que atomiza a las personas y las convierte en “mónadas”. En ella no hay lugar para la experiencia de la comunidad, ni para una ética pública, ni para unos valores sociales; tampoco para un control social de los propios individuos, cada uno de los cuales se convierte en rey de un reino de taifas donde el único habitante es él mismo. Los conceptos sociedad y comunidad desaparecen del lenguaje del neoliberalismo.

El neoliberalismo se caracteriza por un *dogmatismo* y un *fundamentalismo del mercado*⁴. Stiglitz habla de “fundamentalismo neoliberal”, sobre todo en el caso del FMI, cuya pretensión es presentarse como la única interpretación autorizada del fenómeno complejo de la globalización, especialmente de su dinámica económica. Estamos claramente ante una afirmación dogmática, y no ante una conclusión de la ciencia económica. El fundamentalismo del mercado posee características similares a las de otros fundamentalismos: impone su visión de las cosas y no admite la disidencia; se muestra ciego ante lo que es evidente para otros; actúa autoritariamente en la aplicación de su ideología; no tiene en cuenta los diferentes contextos; recurre a una

Para un análisis crítico del funcionamiento de las tres instituciones citadas, remito a J. Stiglitz, *El malestar de la globalización*, Santillana, Madrid, 2002; Stiglitz fue premio Nobel de Economía en 2001, vicepresidente del Banco Mundial y asesor económico del gobierno de Bill Clinton.

³ U. Beck, *Libertad o capitalismo*, Paidós, Barcelona, 2002.

⁴ Cf. J. Stiglitz, “Lo que aprendí de la crisis mundial y Cambio de guardia en el FMI”, *El País*, 17 de junio de 2001.

permanente descalificación de otras concepciones, a las que tiende a calificar de anticientíficas y demagógicas. En definitiva, el fundamentalismo del FMI constituye un fiel reflejo del fundamentalismo del capitalismo neoliberal.

El discurso económico neoliberal formula leyes universales y eternas, de obligado cumplimiento en todo tiempo y lugar, independientemente del contexto geográfico e histórico. Ahora bien, ¿qué hacer si la realidad no corresponde a los enunciados de la teoría? “Es la realidad la que hay que cambiar, no la teoría”, responde con agudeza Elena Laside, profesora en la facultad de Ciencias Económicas y Sociales en el Instituto Católico de París, quien sigue razonando así: “Todo lo que en los hechos invalida la teoría y supondría su invalidez es interpretado una prueba suplementaria de su verdad y de su urgencia. Si los mercados perfectos no existen en el mundo real, ¿no es justamente la prueba de que necesitamos de los mercados perfectos? La teoría neoclásica económica dominante es una teoría normativa y no positiva, del orden del ‘deber ser’ y no del ‘ser’. Es por eso que los economistas son percibidos como grandes sacerdotes”: no buscan la verdad, la revelan”⁵.

5. La competitividad como evangelio

La competitividad, que, como recuerda Riccardo Petrella, dentro de la economía es sólo una modalidad del comportamiento de los actores económicos en el contexto de los mercados competidores, en la religión del mercado deviene objetivo principal de la sociedad entera, amén de serlo de las empresas y de los Estados. Todo en nuestra sociedad se orienta a la competitividad: la escuela, la universidad, la formación profesional, la familia, la investigación, el desarrollo, la cooperación. El objetivo de la educación no es ya la formación integral, la educación en valores o como, se decía en mis tiempos de escolar, “hacer personas hechas y derechas”, sino crear personas competitivas, cuanto más mejor. La competitividad se torna el único evangelio que se predica en la religión del mercado. Fuera de ella no hay salvación posible ni humana ni divina, no hay crecimiento económico, ni bienestar social, ni independencia política.

⁵ Laside, E., “¿Será la economía una religión?": *Spiritus* año 44/2, n. 171 (junio 2003), p. 21.

El “evangelio de la competitividad” cuenta con evangelistas, teólogos, sacerdotes y fieles, como subraya certeramente Riccardo Petrella⁶. Los evangelistas son los economistas y expertos que han codificado la economía de mercado con base en pensadores y científicos como Hobbes, Darwin, Spender, Nietzsche, a quienes se manipula sin recato siempre que es necesario. Los teólogos son los ideólogos que organizan seminarios, congresos y conferencias para mostrar y demostrar que la competitividad afecta a todos ámbitos de la vida y es la única tabla de salvación: “es como la gracia: se tiene o no se tiene. No es divisible. Aquellos que la tienen se salvarán. Aquellos que cometan el pecado de no ser competitivos están condenados a desaparecer”⁷. Los sacerdotes, decenas de millares, se encuentran en las universidades y en los parlamentos, en las cámaras de comercio e industria, e incluso en potentes sindicatos como los alemanes, y tienen como cometido oficial el culto público del mercado a diario, ofrecer incienso a la competitividad y hacer creíbles desde sus púlpitos las ventajas del sistema. Todos ellos ejercen ejemplarmente su profesión y no se desvían un ápice de sus funciones legitimadoras. Esta religión es, sin duda, la que más fieles tiene.

6. Los mandamientos de las Nuevas Tablas de la Ley

La nueva religión tiene su propia ética, que no se caracteriza precisamente por la defensa del bien común. “Por sus frutos los conoceréis”. Y los frutos de la ética neoliberal están muy lejos de ser ventajosos para los sectores más desprotegidos de la población mundial. Ahí están para demostrarlo los Informes del PNUD, que, año tras año, subrayan el incremento de la pobreza en el mundo y la acumulación del capital en cada vez menos personas. Y esos frutos agraques no son otra cosa que la consecuencia de los principios en que se basa dicha ética, que pueden resumirse en los siguientes:

- Libertad individual como valor absoluto sin referencia comunitaria ni dimensión social, que desemboca en un individualismo beligerante. Los valores están en los seres individuales, nunca en las instituciones.

⁶ R. Petrella, “El evangelio de la competitividad”: *Le Monde diplomatique*, diciembre-enero 2004. Lo que sigue se inspira muy de cerca en este excelente artículo de Petrella.

⁷ *Ibid.* La traducción es de Mabel Sarco.

- Libre iniciativa como despliegue de la libertad individual, que desemboca en libre mercado y, a la postre, en mercado único y pensamiento único.
- Competitividad feroz y agresiva, orientada a la superación y el éxito individuales, que desemboca en el "sálvese quien pueda".
- Culto al dinero, convertido en ídolo (= Mammón) al que se le rinde culto y se le ofrecen sacrificios de vidas humanas, las de los pobres, y de la naturaleza en la modalidad de tala de bosques, contaminación del aire, etc.
- Concepción insolidaria de la existencia humana, que desemboca en la creación de franjas cada vez más anchas y de simas cada vez más profundas de marginación. El principio moral de la actividad económica es el propio interés.
- Darwinismo social, que implica la eliminación de quienes –personas, grupos sociales, pueblos y continentes enteros- no se atienen a la lógica del mercado: "fuera del mercado no hay salvación".
- La justicia social es considerada bandera de cuasi-superstición, pretexto para coaccionar y atentado contra los valores fundamentales porque destruye la libertad personal e impone una configuración autoritaria del Estado. El altruismo, que está en la base de la justicia social, es cosa de grupos cerrados, no de política social⁸.

De esos principios se deducen unos imperativos que el economista del grupo de Lisboa Riccardo Petrella expone de manera muy original en estos seis mandamientos de las *nuevas tablas de la ley*⁹:

- 1º. No puedes resistirte a la globalización de los capitales, los mercados, las finanzas y las empresas. Debes adaptarte a ella sin poner reparo alguno.
- 2º. No puedes resistirte a la innovación tecnológica. Deberás innovar constantemente para reducir gastos y mano de obra y mejorar los resultados, aunque con ello se genere desempleo.

⁸ Los economistas neoliberales que mejor representan estos principios son F. Hayek y M. Friedman. F. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism. The Collected Works of F. A. Hayek* (ed. Por W. W. Bartley), University of Chicago Press, Chicago, 1989; Id., *Law, Legislation and Liberty*, Routledge, Londres, 1982; M. Friedman, *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, Chicago, 1962. Uno de los mejores estudios críticos sobre Hayek que conozco es A. Múnera D., *En las fuentes del Neoliberalismo. Aproximación crítica teológica a fundamentos teóricos del neoliberalismo en Friedrich A. von Hayek*, Publicaciones Editores, Bogotá, 2002.

⁹ R. Petrella, *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Temas de Debate, Madrid, 1997, 74-82.

- 3º. Deberás liberalizar completamente los Mercados, renunciando a la protección de las economías nacionales.
- 4º. Transferirás todo el poder al Mercado, y el Estado se convertirá en mero notario de la realidad o en simple ejecutor de órdenes.
- 5º. Tenderás a eliminar cualquier forma de propiedad pública y los servicios públicos, privatizando todo lo privatizable y dejando el gobierno de la sociedad en manos de las empresas privadas.
- 6º. Deberás llegar a ser el más fuerte, si quieres sobrevivir en medio de la brutal competitividad mundial. De lo contrario serás eliminado del Mercado (que es como ser eliminado del Reino de los Cielos).

7. Teología y teólogos de la religión del mercado

Ninguna religión ha sido capaz de extender tan universal y eficazmente su credo como la del mercado, que cuenta con flamantes teólogos entre sus filas. Uno de los más destacados es Michael Novak, para quien el neocapitalismo constituye el mejor de los modelos económicos, ya que es el que más riquezas genera, el que mejor distribuye y el que consigue los niveles más altos de felicidad para la mayoría de la humanidad. En el plano económico, el neocapitalismo se define por el libre mercado, en el político por la garantía de los derechos individuales, y en el cultural por la promoción de las ideas de justicia y libertad. Este modelo económico posibilita el desarrollo de las capacidades individuales y el espíritu de superación y permite aplicar la inteligencia práctica a la actividad económica sin traba alguna. El catolicismo adoptó en el pasado una actitud antiliberal y anticapitalista y ha tardado en reconocer estos valores del capitalismo, pero al final se ha rendido ante la evidencia y ha terminado por aceptarlos.

La tradición judeocristiana es el suelo del capitalismo y constituye un aliciente para la “ética de la producción”. El deber de producir los bienes necesarios para que los seres humanos puedan vivir con dignidad tiene su fundamento en la fe cristiana. Como la democracia, asevera, el capitalismo nació en un suelo específicamente judeocristiano. Sus prejuicios son también judeocristianos. Su ética es sustancialmente, aunque no del todo, judeocristiana. La Trinidad es presentada como un modelo de relaciones entre personas libres. La Encarnación de la segunda persona de

la Trinidad implica, a su vez, comprometerse responsablemente en el mundo¹⁰.

En un memorable artículo aparecido a principios en 1980 bajo el título *Theology Corporation*, Novak osaba vincular a las empresas multinacionales con la figura del Siervo sufriente de Yahvé, del profeta Isaías, y llegaba a definir a aquéllas como la encarnación de Dios en el mundo: "Por muchos años uno de mis textos preferidos de la Escritura era Isaías 53, 2-3: 'Creció en su presencia como brote, como raíz en el páramo; no tenía presencia ni belleza que atrajera nuestras miradas ni aspecto que nos cautivara. Despreciado y evitado de la gente, un hombre hecho a sufrir, curtido en el dolor; al verlo se tapaban la cara; despreciado lo tuvimos por nada'. *Quisiera aplicar estas palabras a la Business Corporation moderna, una extremadamente depreciada encarnación de la presencia de Dios en el mundo*". La empresa capitalista adquiere así una significación trascendental y se convierte en sujeto absoluto. Toda crítica contra ella, en consecuencia, constituye una crítica al Dios encarnado y al Cristo crucificado. ¡Que irreverencia en boca de un teólogo!

En similares términos se expresaba en 1992 el que fuera secretario general del Fondo Monetario Internacional Michel Camdessus, en una conferencia pronunciada en Lille durante el Congreso Nacional de Empresarios Cristianos Franceses. El mercado es, a su juicio, el modo de organización económica más eficaz para acrecentar tanto la riqueza individual como la colectiva. La economía de mercado se caracteriza por la responsabilidad, ya que en ella es donde el ser humano puede demostrar lo que es en todas sus dimensiones. Camdessus propone la necesidad de celebrar *las bodas entre el mercado mundial y el reino de Dios universal* como condición necesaria para una mayor producción y un mejor reparto de los bienes producidos.

En la conferencia citó el texto del profeta Isaías leído por Jesús en la sinagoga de Nazaret sobre la misión del profeta de dar la buena noticia a los pobres, anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, poner en libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia

¹⁰ Cf. M. Novak, *The Spirit of Democratic Capitalism*, Madison Books, Lanham, Nueva York, 1991.

del Señor (Is 61, 1-2; Lc 4, 18-21). Tras la lectura del texto del profeta Isaías, Jesús dice: "Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía". Pues bien, Camdessus asigna miméticamente a los empresarios cristianos franceses la misión liberadora del profeta y dice que se hace realidad en ese momento entre ellos. Éstas son sus palabras, que no dejan lugar a dudas sobre su concepción mesiánica del capitalismo:

"Ese hoy es *nuestro hoy*, y nosotros somos –nosotros, que estamos a cargo de la economía- los administradores de una parte en todo caso de esta gracia de Dios; el alivio de los sufrimientos de nuestros hermanos y los procuradores de la expansión de su libertad. Somos quienes han recibido esta Palabra. Ella puede cambiarlo todo. Sabemos que Dios está con nosotros en la tarea de hacer crecer la fraternidad"¹¹.

Como puede apreciarse fácilmente por los textos aducidos, los teólogos de la religión del mercado se apropian del lenguaje de la teología de la liberación, si bien previamente lo vacían de todo contenido liberador real. Hacen suya la opción por los pobres, pero sólo de forma retórica. Afirman que los principios igualitarios del cristianismo se hacen realidad en la economía de mercado, cuando lo que ésta genera son desigualdades sin límites y cada vez más profundas.

Hay que estar muy atentos a los avances de esta nueva religión, cuya habilidad mayor es no presentarse como tal, e impedir sus perniciosos efectos para el futuro de la humanidad y del planeta.

¹¹ Tomo la cita de F. Himkelammert, "La teología de la liberación en el contexto económico y social de América Latina: economía y teología o la irracionalidad de lo racionalizado", en J. Duque (ed.), *Por una sociedad donde quepan todos*, DEI, San José (Costa Rica), 1996, 71-72.